

al personaje del primer poema, esta como "Tejo y destejo la luz de los granados".

Igualmente, en esta parte del libro intuimos el desarrollo velado de una sexualidad que se avecina y lo que nos hace recordar al libro de la escritora zuliana María Calcaño, en particular *Canciones que oyeron mis últimas muñecas*, "Casa honda", por su parte, profundiza en la evolución de la mujer que ve inmolada su casa, asume su sexualidad. Esta sección del poema nos recuerda a la escritora llanera Enriqueta Arvelo Larriva, por la construcción de algunas imágenes, entre ellas la del río, el padre, el silencio y la voz como tema. En esta unidad la obra se hace más ponderada y patente, mientras que "Traspatio (Diario)", se encuentra bajo el rigor del día, el diario con la carga de observación y el registro del tiempo como constante y repetir de los haceres, entre ellos, el mismo de la mujer, el de escribir en el último rincón de la casa, en el traspatio. La parte del diario no permite una unidad temática, pero sí nos entrega la riqueza de una enseñanza viva sobre el devenir y el ritmo de la existencia.

Acertadísimamente el libro se cierra con un poema que nos invoca a vivir en el silencio, a gozar de nuestra vida en lo privado y a la ponderación de la voz, del decir: "la niña muriendo en los espejos/ niña que nació hace siglos/ Abre la puerta/ Entra en lacas que huye/ Al cojin de árboles extasiados/

Mira el bosque de vidrio/ Que está surgiendo del alba/ Un pájaro en el agujero/ con el indice en la boca/ Diciendo? Schisssssssssssssss".

Héctor López.



Juan Gregorio Rodríguez Sánchez. *El río de la miel*. Mérida: Asociación de Escritores de Mérida. Fondo Editorial "Ramón Palomares". CONAC. Dirección General de Cultura y Extensión, 1994. 59 p.

Libro de Juan Gregorio Rodríguez Sánchez (Córdoba, 1928, autor de *Bajo el signo de Géminis, Literatura Española trascendental, Semiótica, obsesión de libertad*; en la creación literaria de: *La imagen Yerta, Ruth Dalila, Venus de ceniza*, y ahora vemos nacer de sus manos *El río de la miel*, título que nos obliga a recordar una de las imágenes del paraíso, porque allí donde fluye un río de leche y miel, y la mar endulza sus aguas, debe ser el paraíso.

*El río de la miel*, es un poemario que consta de dos partes; la primera da nombre al libro y está integrada por once poemas que están titulados; la segunda, "Aljibe de hiel" está constituida por quince poemas que están numerados; y como es común, en el balance de lo vivido, siempre parece tener más peso o haber afectado más la

memoria el pozo de la amargura, el río del dolor.

El libro se abre con unos textos que nos recuerdan los cantos populares e infantiles, este tipo de construcción al recordarnos el canto infantil nos acerca a una época edénica, feliz, despreocupada; lo que nos permite asociar -no evidente ni expreso en el texto- la felicidad a una edad, la de la inocencia; que también coincide con la de menor conciencia en el hombre. (Pareciera que conciencia es despertar al dolor, al desgarramiento).

Como siempre, todo núcleo de existencia tiene un elemento femenino que aloja y reproduce la vida, la mujer es dadora de vida y muerte, es alegría o causa de la caída eterna. La mujer cristiana es pozo de culpa, pero en los mejores tiempos también es agua del dulce río la Embriaguez: "Tu jardín,/ mano morena,/ me ha brindado las mieles/ de tu canela./ El vino de tu sonrisa/ encendida de pasión/ me bebo todos los días". Esta es la amada del matrimonio, de la comunión, la que en la mística nos permite y conduce a la religión, al re-ligar, al re-unir, la amada mágica, la que nos posibilita el Kundalini.

La fuente del dolor está, igualmente que la dicha, ligada a la mujer; ella es la traición, el olvido.

Alimentado de miserias, el hombre se renueva, se restituye, se salva en y desde el poema, así nos lo demuestra Julia Kristeva en su texto *Sol Negro*.

*Depresión y melancolía*; aspecto que es evidente en el poeta que nos ocupa, apesar de lo duro que para el sentido o la significación resultan los versos finales del poema VII, porque el sol negro, el oscuro, el oculto y también íntimo; la cara que no se muestra de la luna; vomita la muerte, la arroja de sí; ese acto entraña la reconversión, la alquimia, la transmutación del sentido original del texto. El sol negro vomita, expulsa su entraña y al mismo tiempo la esencia de su ser para conjugarse con el otro, para armonizarse con su gemelo, es decir, dejar de ser sol negro sin convertirse en un radiante día que nos regale la posibilidad sedante del olvido. Elemire Zolla hubiese explicado que: "La noche es oscura, pero ilumina el lenguaje de las estrellas que la luz del día borra" (*Los arquetipos*. p.64).

Aquí ya no existe la culpa porque la memoria después del acto más grande de amor: del perdón, nos regala el bálsamo del olvido; el nos salva de la redención que nos podría brindar el silencio y la muerte, y nos acerca al místico arrebató que San Juan de La Cruz sintió bajo el permanente fuego del divino, ese que no quema ni consume. El poema siete lo dice mejor: "El sol negro que vomita la muerte/ te enrosca las pestañas del olvido./ El fuego que no quema ni consume/ te ahoga en un relámpago de lutos./ Tu aleteo voraz, de sombra en tumba,/ decapitó certero la esperanza./ Acaricias pensamientos con vocación de fosa/ antes de concebirlos y de

echarlos al mundo./ Alcanzaré mi origen con la boca palastada/ cuando a grandes zancadas rompa la promesa./ Un collar de silencio te tengo preparado/ para el día de tu boda con la traición y el vicio".

No hay misterio que no sea muerte, pero al mismo tiempo todo paso de umbral es reconocimiento o quizás salvación. Morir puede ser nacer, y podemos estar a cada instante en ese proceso; quizás allí la escritura es puente y umbral donde la vida no se desquicia del todo y regresa fortalecida en su fuerza, en su fe y en sus razones de existencia. Ese viaje es un río muy cercano al de la miel, pero se hace remontando la corriente del dolor, el aljibe, el pozo amargo de la hiel hasta alcanzar la fuente de una mano morena y la propia voz o la escritura que nos permita esquivar la muerte física y psíquica, escritura para salvarse y salvarnos, río que nos conduce al paraíso, es decir, al Río de la Miel de Juan Gregorio Rodríguez Sánchez y también al nuestro.

Héctor López.



Humberto Guevara. *Voces de primavera*. (Antología poética). Cumaná: Comisión Bicentenario del Estado Sucre. Centro de Actividades Literarias "José Antonio Ramos Sucre". Cultura Universitaria - UDO. Dirección de Literatura - CONAC, 1995. 184 P. (Compilación, selección e introducción de Ramón Ordaz).

Tras el vitral de cartón brillante, que sin embargo deja filtrar el sol del Caribe, la silueta del poeta cumanés Humberto Guevara (1892 - 1954) luce su acostumbrada rosa roja en el ojal. Debajo, el trazo elegante de su firma autoriza el cuerpo de sus *Voces de primavera*, una colección de textos inéditos que a buena hora nos ha revelado Ramón Ordaz, después de acuciosa búsqueda de poemas y documentos dispersos. El volumen, cuya cubierta se debe a Graciela Díaz, semeja en su composición, presentación y diagramación un original de la Belle Epoque que viene a celebrar a Cumaná, justamente en el Bicentenario de Sucre.

Desconocido por los lectores actuales, u olvidado en viejas páginas, Humberto Guevara llegó a ser una de las personalidades culturales más destacadas de su ciudad, donde dio distintas muestras de su formación cívica, intelectual y literaria, según explica Ordaz en su introducción. A pesar de sus escasos recursos económicos, Guevara tenía amplia información sobre las letras clásicas grecolatinas, conocía con propiedad la lengua y la literatura francesa, la literatura española de los Siglos de Oro y tocaba el piano con destreza, al tiempo que admiraba las obras de Mozart y leía ensayos de Freud, aunque apenas hubiese alcanzado el grado de bachiller.

La poesía de Guevara, escrita desde inicios de la década de 1920, había